

ROBERT BLOCH

Autor de -PSICOSIS-



**LA
Noche
DEL
Destripador**



Durante cien años, el símbolo más terrible de la muerte tenebrosa ha sido Jack el Destripador. En esta obra se trata de desvelar el misterio que rodeaba su figura.

¿Quién fue Jack el Destripador? ¿Sería acaso el Duque de Clarence? ¿Un médico perversamente especializado en anatomía? ¿Un policía? Desde que el malvado Destripador aterrizó a las prostitutas del Londres victoriano, la identidad del asesino ha continuado siendo un misterio. En esta nueva escalofriante novela de suspense, el maestro de lo macabro, Robert Bloch, propone una solución absolutamente inédita, tan chocante e ingeniosa como la conclusión de su clásica *Psicosis*. Introduciendo en el relato figuras victorianas, tan notables como Arthur Conan Doyle, George Bernard Shaw y el Hombre Elefante, *La noche del Destripador* es un historia aterradora en la que un joven médico norteamericano, Mark Robinson, y un detective londinense que siguen la pista al Destripador, se encuentran atrapados en una sala de espejos en donde la sospecha se mueve con rapidez, inesperadamente, de una persona a otra. La investigación de Mark se convierte en una carrera desesperada para salvar la vida de la mujer que ama, y lo lleva a colocarse cara a cara con el Destripador, no por vez primera, pero sí quizá por última...

*Este libro está dedicado a esos dos analfabetos,
Zan y Beau, y a su sobrino, Dickens.*

Todos los personajes de este libro son imaginarios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con excepción de las figuras históricas, es mera coincidencia.

Capítulo 1

La noche del 5 de agosto de 1888, Eva Sloane salió del «Paragon Music Hall», y se zambulló en el Infierno.

El infierno es tenebroso.

Esto es lo que Shakespeare escribió, hace mucho tiempo, pero hubiera podido utilizar las mismas palabras para describir Londres.

Bajo la capa negra de humo que cubría la ciudad, brillaban y flameaban las luces de gas mientras las almas perdidas avanzaban dando traspies por las calles lóbregas del «Infierno».

Allí habitaban los demonios, marineros borrachos tambaleándose en los *suckcribs*, *mucksnipes* acechando delante de los *netherskens*, petimetres *square-rigged* merodeando en busca de *buors*.

Eva se preguntó qué diría papá si ella se lo contaba. Un vicario rural respetable difícilmente sabría que un *suckcrib* era una cervecería, que los *mucksnipes* eran marginados, los *netherskens* alojamientos baratos, y que petimetres *square-rigged* en busca de *buors* eran elegantes bien vestidos en busca de prostitutas.

Pero después de estos meses en la ciudad ella había aprendido el lenguaje utilizado en las calles, y las visitas a los music halls habían completado su educación.

Papá no aprobaba los music halls. A decir verdad, tampoco le gustaba Londres. Y él no sabía nada del Infierno, aunque predicaba contra el infierno todos los domingos, ¡Cómo se estremecería si pudiera contemplar la realidad a través de los ojos de ella!

Ahora Eva conservaba su mirada discretamente baja mientras caminaba deprisa por la calle. La experiencia le había enseñado que era mejor pasar desapercibida y evitar la posibilidad de encuentros con extraños en aquellos parajes. Quizás hubiera debido llamar un carruaje al salir del «Paragon», pero ahora ya era demasiado tarde y todos los coches estaban alquilados. La única cosa sensata que podía hacer era apresurarse para llegar cuanto antes.

Al pasar junto a un callejón le sorprendió el repentino estallido del sonido de un organillo, que hacía resonar fuertemente una tonadilla que acababa de oír en el music hall. Recordaba la letra de la canción:

*Todos los sábados por la tarde nos gusta ahogar
nuestras penas,*

*De modo que nos vamos al Museo de Cera
Y nos sentamos en la cámara de los Horrores.*

Allí hay una bella estatua de nuestra madre.

¿Se parece a la vieja? ¡Bastante!

¡Tiene la misma sonrisa en su cómica jeta

Que la noche en que estranguló a nuestro padre!

Eva se había reído con el resto del público cuando habían cantado la canción, pero ahora no le encontró ningún motivo de risa. La risa tenía poca cabida en las calles de Whitechapel, con sus habitaciones abarrotadas y sus patios sucios oliendo a sudor y cloaca. En vez de risas se escuchaban interminables ecos de sollozos y maldiciones, las voces de la pobreza y el dolor. No todos podían permitirse ahogar sus penas haciendo un viaje al Museo de Cera; el alcohol era una solución más barata. Aquí, incluso a los bebés los ponían a dormir con un traguito de ginebra.

Pero no todos los niños eran tan afortunados. Mientras Eva avanzaba, de un portal salió una pequeña figura, una muchachita de rostro afilado y cabello desgreñado, descal-

za y con un vestido evidentemente aprovechado de otra persona. Acunado en los brazos llevaba un bebé lloriqueante.

La niña no emitió ningún sonido, y Eva se mantuvo silenciosa mientras hurgaba en su bolso y sacaba un penique. La niña lo cogió, dio media vuelta y se alejó con su carga chillona.

Eva suspiró, preguntándose si hubiera debido de decir algo, advertir a la jovencita que estaba al tanto de su truco, el ardid del mendigo de pinchar al bebé con un alfiler para hacerle llorar. Como los propietarios de tiendas de animales de compañía de aquel barrio, que utilizaban alfileres para perforar los ojos de los canarios, basándose en la teoría de que los pájaros ciegos cantaban mejor.

¿«Cámara de Horrores»?

Ésta era la auténtica cámara de los horrores para los pájaros, los bebés y las niñas, para todos igualmente. No había que condenar a la niña; al nacer ya había sido condenada a una vida de prisión perpetua en los bajos fondos. No había posibilidad de escapar de los pequeños alojamientos abarrotados en donde con frecuencia una familia de media docena, o más, temblaba durante el invierno y se sofocaba de calor durante el verano en un único cuarto escuálido. La niña había nacido para soportar la enfermedad y la malnutrición, se había criado con el riesgo de ser violada por un padre borracho o de ser vendida a una casa de citas en donde los caballeros ricos acudían en busca de «fruta sin madurar». Y si de alguna manera escapaba a ese destino, solamente sería para unirse a las filas de las miserables menores que eran esclavizadas como sirvientas, niñeras o trabajadoras en fábricas, mal pagadas y mal alimentadas, que se ofrecían por las calles por algunos peniques. ¡No era de extrañar que «madre» sonriese cuando estranguló a «padre»!

Eva se consideraba afortunada. Aunque su madre murió al nacer ella, su padre y una tía soltera se preocuparon para

que tuviera una crianza buena en el campo y una educación decente en Reading. Pero continuar con su educación había sido idea de ella, una idea que papá no aprobó. Papá tenía la convicción de que el lugar de una mujer estaba en el hogar, y, ¿por qué una mujer decente tenía que ganarse la vida en Londres? Incluso Victoria prefería la tranquila reclusión en Sandringham o más lejos, en sus propiedades escocesas. ¡Dios Salve a Nuestra Noble Reina y la proteja de la violencia de estas calles salvajes!

Un hombre joven con gorra de cazador pasó por su lado y le guiñó un ojo. Eva desvió su mirada y caminó aprisa antes de que él pudiera hablarle, pero la coincidencia la asustó. Aquí estaba ella pensando en la reina, y este extraño bien vestido, con bigote, se parecía extraordinariamente a las fotografías que ella había visto del nieto de Victoria, el duque de Clarence. Príncipe Eddy, así le llamaban en la Prensa informal. Pero ¿qué podía estar haciendo él aquí, en una calle del East End a medianoche? Sin embargo, el parecido era asombroso.

Eva apresuró el paso y el estruendo distante del organillo quedó ahogado por el sonido creciente de voces roncas cuando un grupo de achispados vendedores ambulantes, con sus trajes tachonados de perlas, surgió por su izquierda.

De pronto, a su derecha se alzó otro ruido. El profundo gruñido se repitió y Eva se volvió para enfrentarse a la figura de pesadilla. Algo enorme, negro y amenazador, se alzaba ante ella, con una mirada feroz en sus ojos enrojecidos, y con sus crueles garras alzadas para herir y desgarrar.

El oso bailarín retrocedió sobre sus patas traseras, con el hocico abozalado y un collar firme en el cuello, frenado por una fuerte cadena sostenida por un gitano de cabello largo provisto de un palo puntiagudo y que tiró de la bestia hacia atrás, blandiendo su arma. Dando zarpazos al palo, con hosco desafío, la bestia se agachó y su amo sonrió a

Eva con una sonrisa rota por una boca llena de dientes manchados y podridos.

Los que pasaban por allí se unieron a la diversión del gitano, pero Eva avanzó rápidamente, estremecida por la momentánea intrusión de un peligro posible.

La bestia negra era el símbolo auténtico de la violencia que merodeaba por aquí. Atada y abozalada, quizá, pero sin control cuando se liberaba. Y, ¿qué violencia ocultaba la sonrisa rota del gitano, qué ira estaba enterrada bajo los juramentos de los borrachos y la risa desdeñosa de los prisioneros de la pobreza? ¿Había que culpar solamente a la pobreza? ¿No existe en todos nosotros una porción de esa rabia? Por mucho que la ocultemos, la bestia siempre está ahí, esperando poder escapar. Y cuando la violencia se libera, cuando la agazapada lujuria se desata...

Eva sacudió la cabeza, apartando el pensamiento. El animal era un animal nada más. Y los paseantes divertidos bajo la luz de gas, sencillamente daban rienda suelta a sus espíritus animales, anticipándose a la fiesta del día siguiente.

Sin embargo, se sintió aliviada al alejarse del tumulto, entrando directamente en el silencio solitario de la calle Brady.

La luz era más débil, pero Eva agradeció ambas cosas, la oscuridad y la soledad. Aquí, solamente a un tiro de piedra de la concurrida calle, había un refugio seguro, un eslabón hacia los caminos más silenciosos de la vida.

¿O sería eso la vida?

Echó una ojeada a su derecha, en donde la reja de hierro se alzaba ante un cementerio.

En la penumbra podía distinguir los perfiles de los panteones de mármol, algunos de ellos con puertas protegidas por barras contra la intrusión de los ladrones de cadáveres que en otro tiempo habían merodeado por estos lugares. Más cerca, y esparciéndose en todas direcciones, estaban los montículos alzados sobre los restos de los pobres y los

humildes. Algunos mostraban lápidas o señales, pero ninguno tenía cruz, ya que éste era el cementerio de los judíos.

Había muchos judíos en Whitechapel. Eva lo sabía; inmigrantes de Polonia, de Rusia y los Balcanes. Unos pocos afortunados poseían tiendas o pequeños negocios, y para ellos se habían erigido los panteones donde conservar sus lugares de descanso final. Bajo los montículos descansaban los cuerpos de los trabajadores de las fábricas, los vendedores ambulantes y los mozos de cuerda, los portuarios y los trabajadores del matadero. Amontonados y apretados durante sus vidas, sus confines no eran menos estrechos en su muerte.

Había una miasma, una especie de niebla, que envolvía los panteones y cubría los montículos. ¿Suspendida..., o se alzaba de ellos? *El aura de la muerte.*

No es que Eva sintiera miedo de la muerte; se había familiarizado con su presencia después de todos estos meses de trabajar aquí y su imagen no le provocaba terrores. Era lo que yacía más allá lo que Eva temía.

Papá predicaba sobre el Cielo y el Infierno, pero cuando bajaba del púlpito y se quitaba su túnica, solamente era un hombre. Quizá creía realmente en el más allá, pero no lo sabía. Sólo los muertos sabían cómo era la muerte.

¿Bendición eterna o condenación eterna? ¿Era simplemente una noche interminable, sin sueños, o permanecía la conciencia, atrapada en un cuerpo que se pudría en la tumba? ¿Podían los espíritus inquietos rondar por la tierra como presencias fantasmales?

«Anticientífico», se dijo Eva. «Uno ha de enfrentarse con lo desconocido, no temerlo.»

Pero cuando oyó la primera insinuación ruidosa en la distancia, su pulso y su marcha se aceleraron, y sus pasos hicieron eco en la noche.

«¿Eco? No, no podía ser. El ritmo era diferente.»

Allí moviéndose en la oscuridad había alguien más.

A pesar de sí misma, Eva escudriñó buscando en la densa niebla del cementerio, sabiendo, mientras lo hacía, que el esfuerzo era absurdo. No hay fantasmas. Y aunque los hubiera, los pasos de los fantasmas no hacen ruido.

Eva comenzó a mirar por encima del hombro, y entonces se dio cuenta de que el sonido era más fuerte; ahora parecía provenir, no de detrás de ella sino de la calle que tenía delante. De pronto, los adoquines fueron sacudidos por un martilleo acompasado, un martilleo que se convirtió en un fuerte estruendo mezclado con el relincho de un caballo.

Mirando hacia el cruce de calles que tenía delante de ella, vio el origen.

Doblando la esquina llegaba una corcovada masa de figuras monstruosas, con cuernos y pezuñas como las hordas del Infierno. El bulto de sus cuerpos llenó la calle mientras la oleada de formas atronaba dirigiéndose hacia ella.

Por un momento, Eva permaneció transfigurada, y después comprendió lo que pasaba. Las criaturas eran ganado, no demonios, seres huyendo en estampida de los corrales del matadero situado detrás del camino de Whitechapel. De alguna manera, habían roto sus barreras para echar a correr desenfrenadas, sus ojos llenos de terror por su inevitable final.

Y también era un final lo que ahora traían consigo, cubriendo la calzada y las aceras laterales mientras se arrojaban encima de ella, mugiendo con pánico desesperado; cabezas gachas, cuernos curvados embistiendo, pesadas pezuñas dispuestas a aplastar todo aquello que encontrasen en su camino.

Eva se volvió para correr pero ya estaban encima de ella, bocas espumajeadas, ojos enrojecidos, y no había lugar alguno hacia donde huir, no había escape.

Entonces, saliendo de la nada, una mano la agarró por la parte superior del brazo, la apretó, y la empujó contra el enrejado del cementerio. Doblando las piernas, se encogió

contra las barras de hierro mientras las bestias enloquecidas pasaban rozándola. Corriendo detrás de ella, media docena de boyeros maldecían y gritaban, blandiendo palos y látigos.

La mirada de Eva se turbó momentáneamente; luchando contra la debilidad que la invadía, se agarró a las rejas hasta que la corriente frenética desapareció y el ruido de trápala se perdió en la noche lejana. Sólo entonces comprendió Eva que había logrado escapar y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que ya no le sostenían el brazo.

Se volvió para encararse con su salvador, pero era demasiado tarde. Cuando se le aclaró la vista solamente captó con el rabillo del ojo una visión momentánea de la figura que desaparecía entre la niebla, la figura distante de un hombre con bigote, vestido con ropas oscuras, y con gorra de cazador.

Capítulo 2

Puntualmente, a media noche del 6 de agosto, las campanas de la iglesia de San Judas doblaron poniendo fin al Bank Holiday.

Nadie las oyó en la «Taberna del Ángel y la Corona». Aquí las campanas solamente fueron un débil contrapunto al coro de *What Cheer, 'Ria?* mientras una docena de juerguistas se agrupaban alrededor de una enorme mesa compitiendo con el clamor de la multitud. Mozos de mercado, matarifes, marineros y soldados de la guarnición de la Torre de Londres se agolpaban delante del bar o se emparejaban en las mesas con las mujeres de la calle que exhibían sus mejores ropas domingueras.

Sentado a una mesa más pequeña, en el rincón más alejado, el doctor Albert Trebor estudiaba la escena, y sus ojos gris-verdosos reflejaban una mezcla de interés clínico y cínico al mismo tiempo. Aunque bien entrado en años, el médico alto y delgado todavía trabajaba como asesor del personal del cercano Hospital de Londres, pero eso parecía ser el único eslabón que le unía a los parroquianos del local. Su traje discreto y sus modales le señalaban como a un caballero, al igual que el joven que estaba sentado al otro lado de la mesa con una gorra de cazador echada hacia atrás sobre una amplia frente.

La mirada de Trebor se posó en su compañero.

—Y bien —dijo—. ¿Qué te parece esto, Mark?

Mark Robinson se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Todavía es demasiado nuevo para mí.

—Nada como esto en vuestro salvaje Oeste, ¿verdad?

—Michigan no es ni salvaje ni occidental. —Mark se retorció la punta del bigote—. Pero tiene usted razón, no hay nada como esto en Ann Arbor. —Sonrió a Trebor—. Es muy amable por su parte cuidar de mí como lo hace..., la visita turística, una noche en la ciudad...

—Tonterías, mi joven amigo. Tú has venido aquí para estudiar nuestros procedimientos profesionales, pero ello lleva aparejado mucho más que limitarse a observar la rutina del hospital. Considera todo esto como parte de tu educación. —Trebor bebió un poco de cerveza—. Yo he estado ejerciendo durante casi cuarenta años y todavía estoy aprendiendo.

—¿Cómo era cuando usted empezó?

—Realmente, muy primitivo. Las técnicas quirúrgicas eran toscas, sin anestesia, sin ayudantes cualificados ni enfermeras, se perdía el tiempo trabajando en una carnicería sangrienta. No como en el Hospital de Londres de hoy. Piensa en lo que hacemos aquí..., cuatrocientos pacientes externos tratados diariamente, siete mil casos de cama al año...

—Todo cambia —dijo Mark.

—Quizá. —Trebor echó una ojeada hacia el gentío ruidoso agrupado delante del mostrador—. Pero Whitechapel no ha cambiado tanto desde que Mr. Dickens escribió sobre su vida en las calles. Oh, hemos tenido un impulso en los movimientos de reforma, pero los trabajadores todavía viven en la miseria, la servidumbre todavía está tristemente mal pagada, nuestras prisiones, hospicios y asilos son agujeros infernales. —Frunció el ceño—. Solíamos pensar que el progreso conseguiría cambiar las condiciones de vida... Motores a vapor, maquinaria, el telégrafo, todas esas cosas. Pero no ha resultado así. Ahora tenemos solamente aquí en Londres once entregas de correo al día, pero ¿de qué sirve cuando la mayoría de la población no sabe leer o escribir una frase correcta? ¿De qué sirve el Decreto de Educación

cuando los niños comienzan a esclavizarse en talleres y fábricas casi tan pronto como empiezan a caminar?

—Casi es tan malo como en América —asintió Mark—. Ésa es una de las razones por las que entré en la medicina, para ayudar a aliviar un poco el sufrimiento...

—Hay más en la medicina que el alivio del sufrimiento físico —dijo Trebor—. La angustia mental, ése es el problema auténtico. El trabajo que destroza los cuerpos también destroza la mente y el espíritu. El problema en nuestra profesión está en pensar que solamente tratamos con pacientes. Olvidamos que los pacientes son seres humanos. Ahora que me he retirado a un empleo de asesor he desviado mi atención del estudio de los pacientes al estudio de la gente.

Hizo un gesto hacia el bar.

—Por eso suelo frecuentar lugares como éste. No para divertirme, ¿quién podría disfrutar del espectáculo de la miseria ahogando sus penas en la bebida y el desenfreno?, sino para aprender las causas reales de la angustia enraizada en la condición humana.

—Habla usted como un filósofo —dijo Mark.

—O como un idiota. —Trebor engulló su cerveza—. Si es que hay diferencias entre ambos.

—¡Maldita sea tu estampa!

Esto llegó del grupo alrededor de la gran mesa en la que ahora cantaban el estribillo de «Samuel Hall».

—Bien dicho —murmuró Trebor—. Pero estamos negligiendo tu educación. —Sonrió a su compañero—. Si intentas dar tratamiento a estas personas tendrás que aprender su lenguaje. Sugiero algunas lecciones de vocabulario.

—Pero si yo hablo inglés —dijo Mark.

—¿Lo hablas? —El tono de Trebor era enigmático—. Entonces supongamos que intentas identificar las ocupaciones de algunos de los parroquianos a medida que yo te los señalo. —Apuntó con el dedo en dirección a un hombre con la cara tiznada que vestía un mono manchado y botas